

"SANTA MATERIA", de *Benjamín Subercaseaux*, Edit. Zig,Zag, Stgo.

La obra titulada *Santa Materia* según palabras de su autor, Benjamín Subercaseaux, es un libro de sensaciones.

He ahí la clave psicológica para interpretar los diferentes capítulos que, sucesivamente, van recorriendo los ámbitos concretos e ideales de la materia en sus distintas denominaciones de virgen, viva, animada e intencionada. Pero el lector acucioso se plantea un problema: ¿Qué es la sensación?

Y la respuesta, empapada de reminiscencias escolares, nos dice que esta delicada función intelectual, quizá una de las más complejas, no es otra cosa que la respuesta inmediata que la conciencia da a la penetración de las corrientes nerviosas aferentes. Dicho esto, adivinamos que la sensación se convierte así en la base del conocimiento de los objetos exteriores. Claro está que para ello, la sensación ha de ser interpretada, convirtiéndose entonces en percepción, entidad psicológica mucho más compleja, en cuya raíz rebullen innúmeros compromisos, ya que la vida mental es un torbellino que nos dispara a los inesperados confines del vivir, quién sabe si de un posible renacer, en su más cabal sentido.

Este juego de sensaciones se inicia para el autor con las piedras fundamentales. Su interpretación le dicta estimables comparaciones, alguna meditación que lo proyecta hacia arriba y a ras de tierra. Quizás una de sus más bellas imágenes sugeridas sea la que dice: "Sí, tocar una piedra es rozar la eternidad en forma lejana y suave". He ahí el esquema de una posible leyenda.

Pero bien pronto el sentido metafórico de las piedras se trueca en referencia exacta: "Este olor varonil del cuarzo le recordará otro también varonil y que es propio de las manos de los hombres jóvenes al despertar". Con ello se inicia el matiz sensual de varios capítulos de la obra, incita al lector a ejercitar su discriminación olfativa, cuando el espíritu vuelve a insertarse en la materia, en los momentos trascendentes del despertar.

Las piedras siguen diciendo su mensaje. Con frecuencia, "como un parloteo hueco". Y cuando el autor enfila otro tema, nos dice: "Y basta, por ahora, de tanta piedra". El lector agradece la gentileza.

"Las arenas o el sexo de lo inanimado" trae aparejado el tema del sexo, de algo que "no es sólo un órgano, una función o un propósito biológico", sino que más bien "supone una actitud de la mente en las modalidades de la percepción".

Benjamín Subercaseaux dice que "en este sentido habría un sexo en el paisaje, otro en la música, el sexo sería una modalidad que tomaría la voz, el canto, el arte todo".

No es la primera vez que hemos leído parecida observación, por lo demás, muy justa, digna de un espíritu que siente dilección por las matizaciones. Incluso los sociólogos han hablado de pueblos varoniles, de civilizaciones femeninas, de hombres sexuados, de seres que realizan su experiencia vital, su existir, como esclavos del sexo, a veces, zarandeados por desviaciones que la medicina entiende y comprende.

El tema de la buena tierra tiene atisbos de profundidad. Se ha dicho que la tierra es la madre del hombre, frase que es un trisunto de bellas y bíblicas fábulas. Pero he ahí que este factor previo necesitaba de un varón, quizás del agua, de un agua varonil que fecunda o que facilita la fecundación. La imagen literaria combina la terrícola gravidez y la gracia del líquido que sin tener forma sabe reproducir todas las formas, tal vez la de un poderoso órgano sexual inasible, multiforme, cosmopolita.

En el capítulo titulado "Las aguas originales" hay un sentido erótico, difuminado en paramentos de alta poesía. Algunas de sus frases, aunque no muy ceñidas al rigor científico, son bellas: "La humedad es la metafísica del agua".

El autor quiere liberarse, a veces, de cualquier responsabilidad científica. Por eso, al hablar del aire, escribe: "Reconozcamos que este libro, compuesto a la antigua en tantos aspectos, no tiene por qué ceñirse a la Nueva Era..."

Termina el "libro de la materia virgen" y comienza el de la materia viva. Como es lógico Benjamín Subercaseaux se plantea el más tremendo de los problemas. ¿Cómo pudo operarse el paso de la materia inerte a la vida?

Sus disquisiciones recuerdan las palabras de aquellos hombres que viven la angustia de preguntarse: ¿Qué hubo antes de la nada?

El tema, aquí insinuado, cual cumple a un libro de sensaciones, no científico, ha sido tratado en obras que nos hablan de la Tierra antes de la Historia. Por ejemplo, la obra de Edmond Perrier en torno a la evolución de la humanidad recoge datos precisos y preciosos. La bibliografía es extensa. Y es así, porque de todos los problemas que se han planteado al espíritu humano el más inquietante es el del nacimiento de la vida, problema que contiene, realmente, el del origen de la humanidad. Se ha dicho que cuando la ciencia no existía aún, los espíritus más avisados de todas las edades intentaron resolverlo, porque los problemas de la Vida nos acosan de una manera constante.

De nuevo, el autor, al enfrentar el tema "Flores, Frutos y Semillas", registra sus sensaciones de matiz sexual. Y escribe: "El hombre presintió oscuramente que todo lo que reviste un carácter sexual es, a la vez, sabroso y deleitoso".

Esta afirmación tiene su fundamento en una especie de revisión histórica y gastronómica: "El hombre comenzó a gustar de lo vegetal por todo aquello que halagaba sus sentidos". "Y lo extraño de toda esta historia está en que las partes preferidas por el hombre, en esta delectación sensual, resultaron ser, aunque él lo ignoraba, los órganos sexuales de las plantas".

Quizás el hombre se salve por su propia ignorancia. Porque una inteligencia despierta lo hubiera hecho meditar, en exceso, frente a sus manjares constituídos, preferentemente, de los vegetales, órganos masculinos y femeninos. Tal vez, un humorista podría decir que la predilección de algunos hombres por "los huevos de las aves, los ovarios de los crizos y los testículos de los ma-

míferos" sea debido a una precoz e inexorable descalcificación dentaria.

El autor refiere el testimonio de un autor latino que enjuició severamente a los francos primitivos, diciendo "que perseguían golosamente a las mujeres y a los muchachos de las tribus enemigas para matarlos y comer asados los senos de la una y las prominentes posaderas del otro".

¡Graciosa la cita, dato erudito del anecdotario antropofágico!

Pero no todo es anécdota en esta parte de la obra. También hay páginas bien logradas. Hongos y orquídeas, palmera y maitén, espiga y alga son elementos, básicos o ancilares, de un revolar poético, de comprobación e intuición científicas.

"La materia animada" inspira al autor. Los estudios sobre el animal o el comienzo de la forma, las monografías poéticas y realistas de animales como el elefante y el cisne, el gato y el pez, la oruga, el coleóptero y la mariposa, los perros, caballos y simios lo van conduciendo a los ámbitos de la materia intencionada, al misterio de la intención. "Los simios y los antropoides son el escalón más cercano a nosotros en el mundo de la Materia Animada. Los más vecinos también, si los estudiamos objetivamente por las vías de la razón y de la ciencia (visión inhumana)".

No cabe duda de que "la materia intencionada" lanza sus mensajes. El problema fundamental estriba en saber y poder recibirlos. El contacto del hombre con la multitud está condicionado por muchos y complejos factores, tal vez por el resultado de una herencia y decantación de plurales y sucesivas capas espirituales. Dos visiones, dos ángulos de enfoque señala el autor: una, serena, frígida, cristiana. La otra, sensual y capaz en todo momento de recibir el mensaje intencionado de la materia. "De no haber existido esta segunda manera de considerar a la Humanidad, ella no habría permanecido sobre la tierra más tiempo que el necesario para que transcurriera una sola generación..."

Benjamín Subercaseaux enfrenta al bello animal humano en su desnudez corporal, para generalizar en lo tocante a sus modali-

dades y belleza. Y como es lógico, se impone un cierto rigor descriptivo en las modalidades somáticas de varios tipos. "El sajón, o el sexo de la necesidad higiénica", según indicaciones del autor, es el "macho perfecto por su consistencia y contextura", "el típico francés, que todavía suele hallarse, posee en su época juvenil un cuerpo que es todo vibración y suavidades radiantes". "Representan un conjunto más apetitoso que hermoso". Sus posaderas son de una esfericidad rubensiana".

"El italiano, o el sexo de la Posesión-Propiedad" le dicta matizadas y personales observaciones. Y algunas de sus características tienen relación con las del tipo español. Ahora bien, Subercaseaux anota con prevención: "Entiendo que algo así ocurre con el español; pero en lo tocante a este pueblo no tenemos datos directos, porque tales modalidades no han sido nunca de nuestra predilección". He ahí, pues, la razón de tal esquematismo de datos.

"El Arabe, o la ternura de la Posesión" contiene notas dignas de una antropología y de una sensibilidad racial: "Es un genésico que descuida los totales, para fijar sus preferencias en algún rasgo somático local, fragmentario". "El árbol es, antes que cosa alguna, una herramienta perforadora de la hembra o de lo que sea, pues en este aspecto como todos los orientales, su líbido es un tanto indeterminada".

Y así, de acuerdo con meticulosas observaciones y estudios, el autor nos presenta los cuadros del chileno, cuyos "órganos sexuales spielen ser de un hermoso contorno", y del negro que "representa al hombre integral y al sexo normal". Por eso "no existen entre ellos las perversiones..."

Termina tan extenso estudio con unas palabras: "Abandonaremos, pues, el tono ensayístico para entrar a ver, a palpar y a oler lo que nos dice la Materia intencionada..."

El estudio continúa con la disección literaria y científica de las diversas partes del hombre, de su cuerpo.

El largo periplo tiene un colofón: "Lo importante, amigo Lector, es que hayas comprendido quién eres tú, quién soy yo, y quiénes

son la mayoría de nuestros prójimos". Amable sentido teológico y didáctico de una obra.

Santa Matería es una obra que causa extrañeza, que desentona de los habituales estudios sobre las sensaciones. Su paramento literario, aunque desigual, tiene calidades estéticas. Y por excepción, la glosa de un cúmulo de sensaciones nos deposita suavemente en las riberas de la investigación, de algún descubrimiento científico, obtenido por añadidura, como un hallazgo marginal. Tal, por ejemplo, el que hace referencia a las necesarias posturas "emuntorias" de los perros, sean éstos hembras o machos. En efecto, no deja de tener su importancia un "pequeño descubrimiento del autor, hecho en el Laboratorio de Psicología Comparada de la Sorbonna", descubrimiento centrado en minuciosas observaciones y experimentos que hubieron de entregarle la clave de una curiosa adaptación psicofisiológica: Por qué los perros adultos levantan su pata trasera al orinar.—*Vicente Mengod*.



"LITERATURA CHILENA DE LA CONQUISTA Y DE LA COLONIA", de
Miguel Angel Vega, Editorial Nascimento, Santiago

Estudiar los orígenes de una literatura es siempre problemático. Nada más aventurado que la elección de los jalones iniciales, ya que las rutas elegidas habrán de conducirnos por los más inesperados derroteros. Tal ha ocurrido, por ejemplo, con la literatura hispana peninsular, cuyos balbuceos literarios parecen haber sido líricos y no épicos. Y quiere esto decir que, tal vez, nuestra historia del lenguaje artístico habrá de retroceder un par de siglos, hasta aquellos días inciertos en que los rapsodas árabes templaban su estro lírico, entonando esas bellas canciones de amor, conocidas con el nombre de "jarchas o finidas".

He aquí unas divagaciones, exentas de matización erudita, necesarias, sin embargo, para internarnos por el estudio que el profesor chileno, Miguel Angel Vega, ha publicado recientemente.